

Ana

descubre el México antiguo en el

Museo Amparo



Ana descubre el México antiguo en el Museo Amparo

Texto | Pablo Escalante Gonzalbo

Ilustración | Magali de la Rosa Selim

Fotografía | Juan Carlos Varillas Contreras

Diseño | Eduviges I. López Díaz

Coordinación editorial | Silvia Rodríguez Molina

Asesoría editorial | RIZOMA Gestión Cultural

Cuidado de la edición | Teresa Ramírez Vadillo

Publicado con fondos del programa

El Museo Amparo va por ti

Etiquetado en el presupuesto de egresos de la Federación 2014 /Conaculta a través de la LXII Legislatura de la Cámara de Diputados

ISBN | 978-607-95918-6-1

Ana

descubre el México antiguo en el

Museo Amparo

Texto | Pablo Escalante Gonzalbo
Ilustración | Magali de la Rosa Selim
Fotografía | Juan Carlos Varillas Contreras



Me llamo Ana, mi nombre lo puedes leer de izquierda a derecha o de derecha a izquierda, da igual, siempre soy Ana. Antes no me gustaba la escuela pero ahora me parece interesante. En parte se lo debo a mi tío, que me lee y me cuenta muchas cosas. Mi tío lo sabe todo. Si lo oyes te dan ganas de aprender más y más, y al final hasta te dan ganas de ir a la escuela. Yo vivo por el rumbo de una presa que se llama Valsequillo, y mi tío vive en el centro de la ciudad de Puebla.



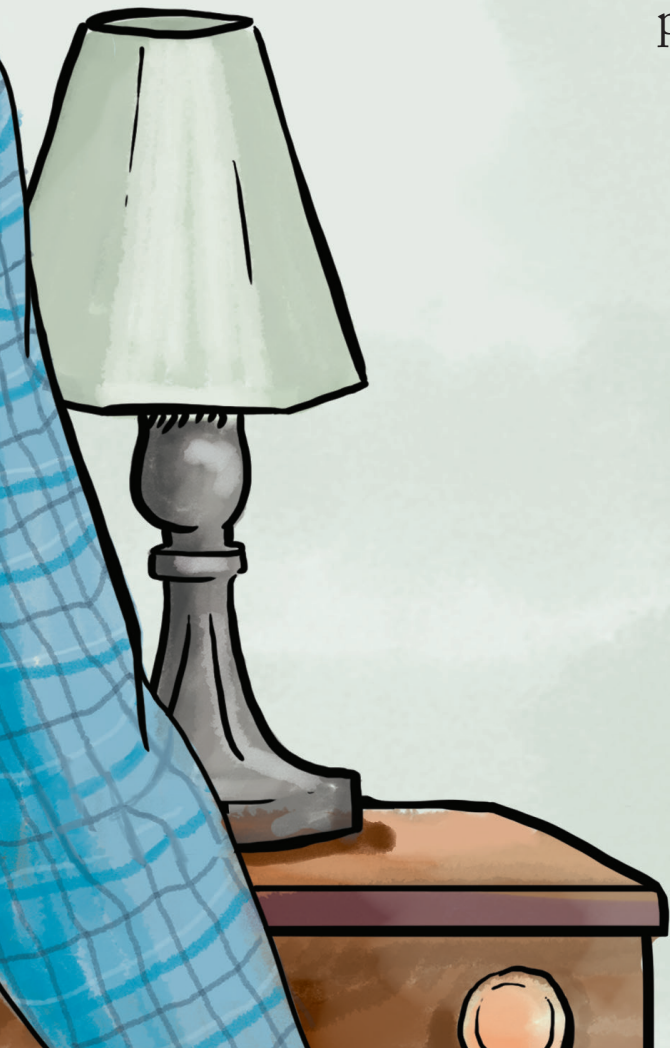


Un sábado mi tío llamó y me dijo:

– Ana, dile a tu papá que te traiga al centro,
te voy a llevar al museo.

Y, créanme una cosa, ir al museo con mi tío
¡sí que es interesante! Ya van a ver.

Por cierto, mi tío se llama Trinidad, José Trinidad.
Yo le digo sólo “tío” o “tío Trini”. Si lo ven alguna vez
pueden preguntarle lo que quieran; pero ustedes díganle
“maestro” o “maestro Luna”, porque así se apellida mi
tío. Así se apellida mi mamá también. Por eso yo soy
Ana Vega Luna.

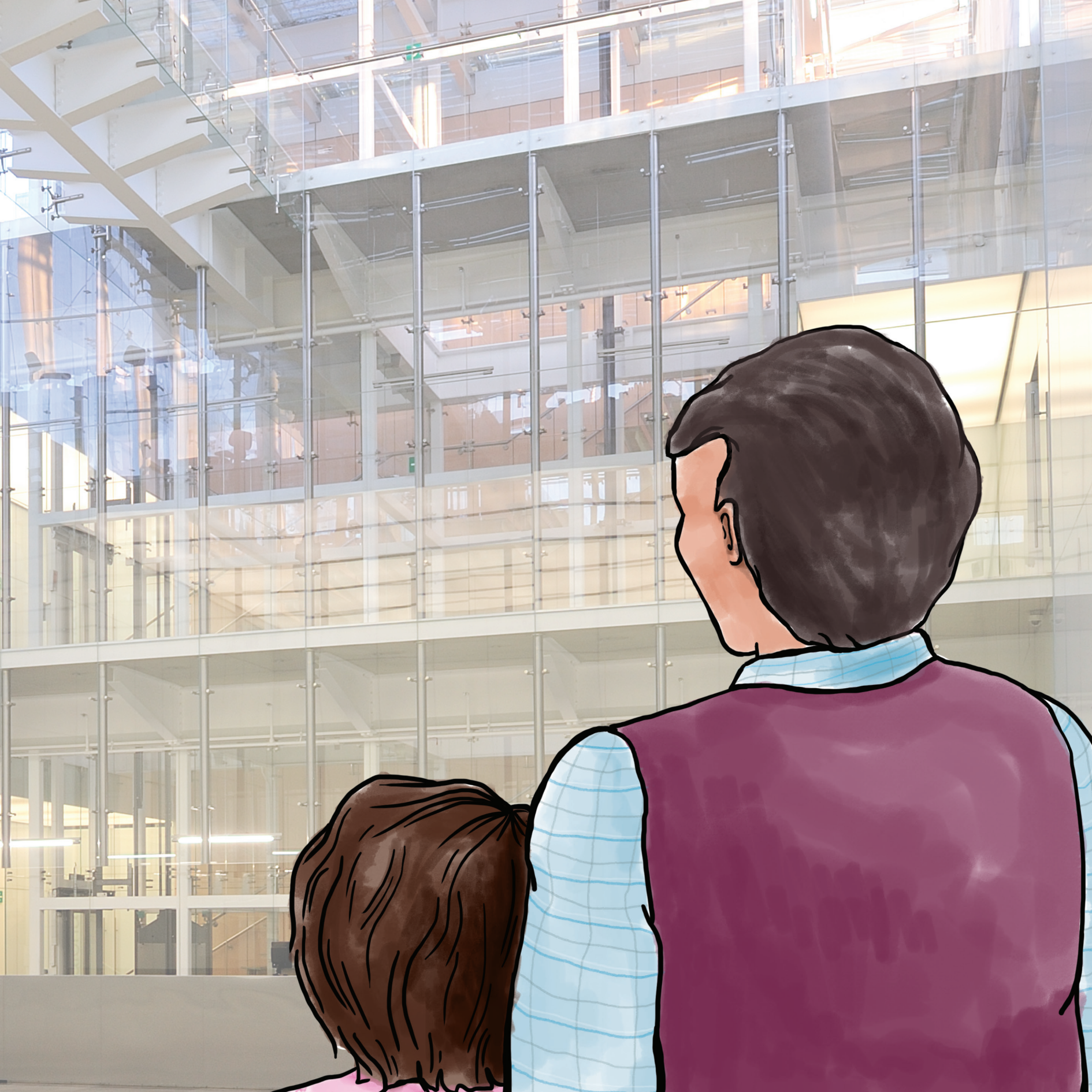




En la puerta del museo mi tío me advirtió:

– Aquí en el Museo Amparo se pueden ver muchas cosas: fotografías, esculturas, muebles antiguos... pero hoy quiero enseñarte la Colección Prehispánica.

Después de cruzar un gran vestíbulo y algunos pasillos, vi a lo lejos una escultura de piedra de dos señores platicando.



– ¿Son reyes? – pregunté a mi tío.

– Más bien son un rey y una mujer, quizá la reina.
Y entre ellos hay un pequeño mensajero de los dioses.
Pero los mayas no usaban la palabra “rey”, lo llamaban
halach winik.

10



– ¿O sea que son mayas?

– Sí, Ana, son señores mayas. Y esa piedra era el respaldo del trono de ese mismo señor.

– ¿Vamos a ver muchos reyes en el museo?

– Aquí hay mucho más que reyes: vamos a ver señores viejitos, señoras con trenzas, guerreros, enanos, jaguares, monos... Hay muchas cosas que ver.

– ¿Y me prometes que va a ser divertido, tío?

– Divertido como la montaña rusa, no sé... Pero divertido como las historias que te cuento, sí. Y además será bonito, no te imaginas las cosas que nuestros antepasados podían hacer con un poco de barro o un pedazo de piedra.

En una de las primeras vitrinas me sorprendió ver un animalito largo y delgado que caminaba delante de una señora gigantesca. La señora cargaba un cántaro a la espalda.

– Es una comadreja – dijo mi tío –. Nuestros antepasados creían...

– ¿Nuestros antepasados o los indios? – lo interrumpí.

– Los indios, los pueblos indígenas de México, que son nuestros antepasados. Igual que los españoles y los africanos son antepasados nuestros.

– Entonces, nuestros antepasados indígenas.

– Sí, Ana, nuestros antepasados indígenas.

– Bueno, ¿y qué con la comadreja?





– Ellos tenían esta superstición: creían que si se
atravesaba una comadreja por su camino iban
a ocurrir cosas nefastas.

– ¿Ne... qué?

– Nefastas, o sea muy malas.

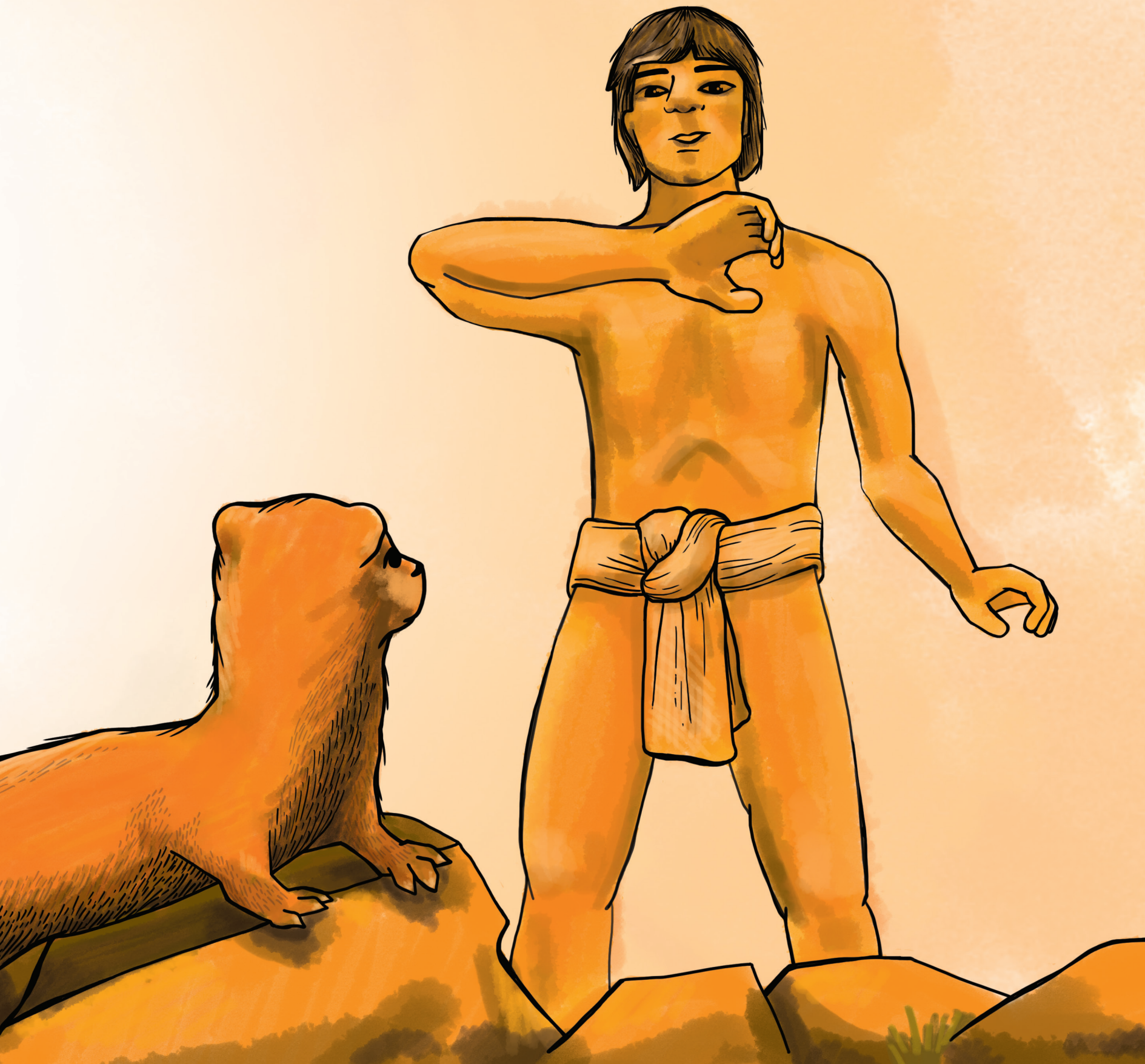
– ¿Y no es primitivo ser tan supersticioso?

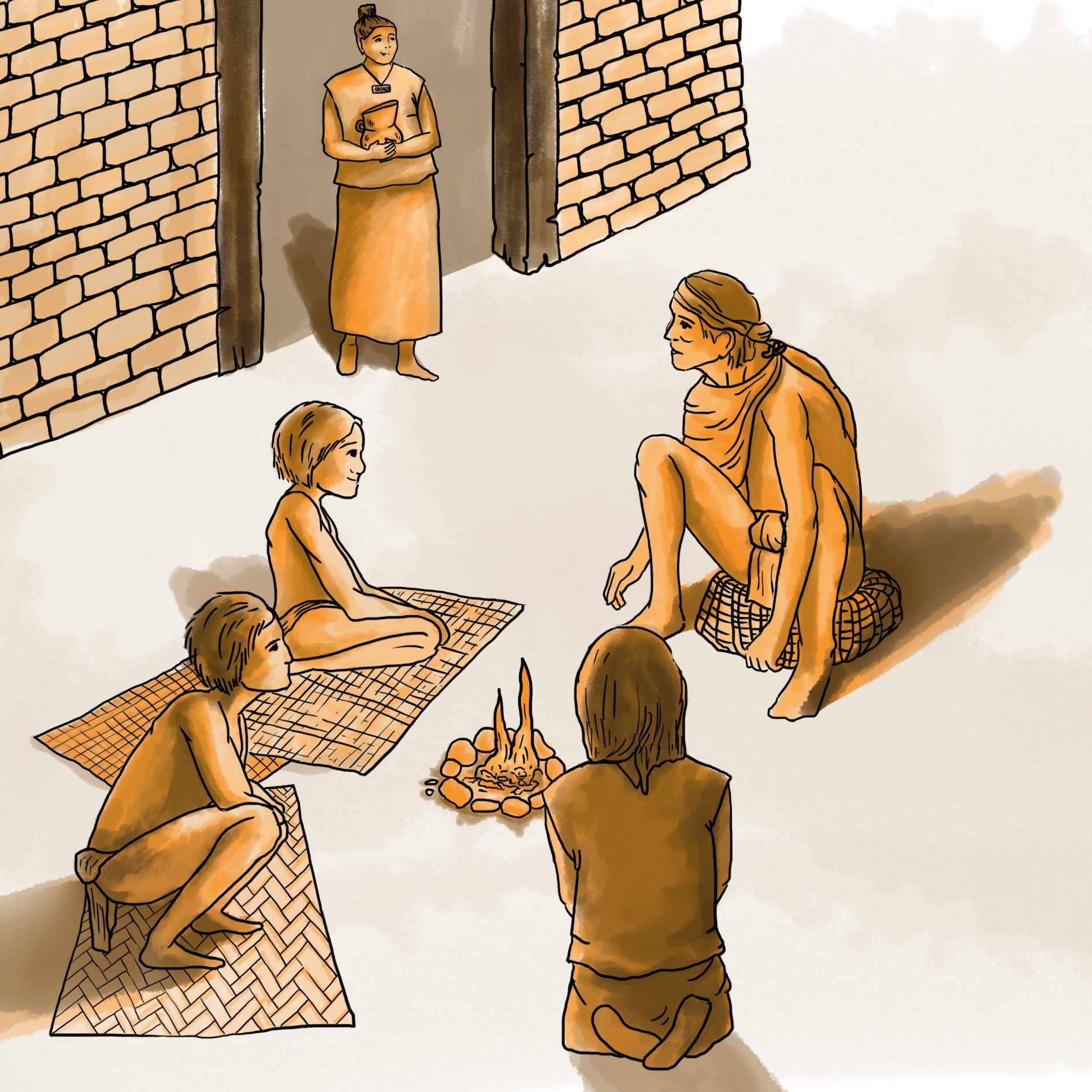
– A ver, Ana, si tú ves una escalera larga en la calle,
apoyada en un edificio, en la misma banqueta por
la que vas caminando, ¿pasas bajo la escalera o la rodeas?

– Pues la rodeo, porque te he visto a ti hacerlo.

– Ya ves, todos somos un poco supersticiosos.





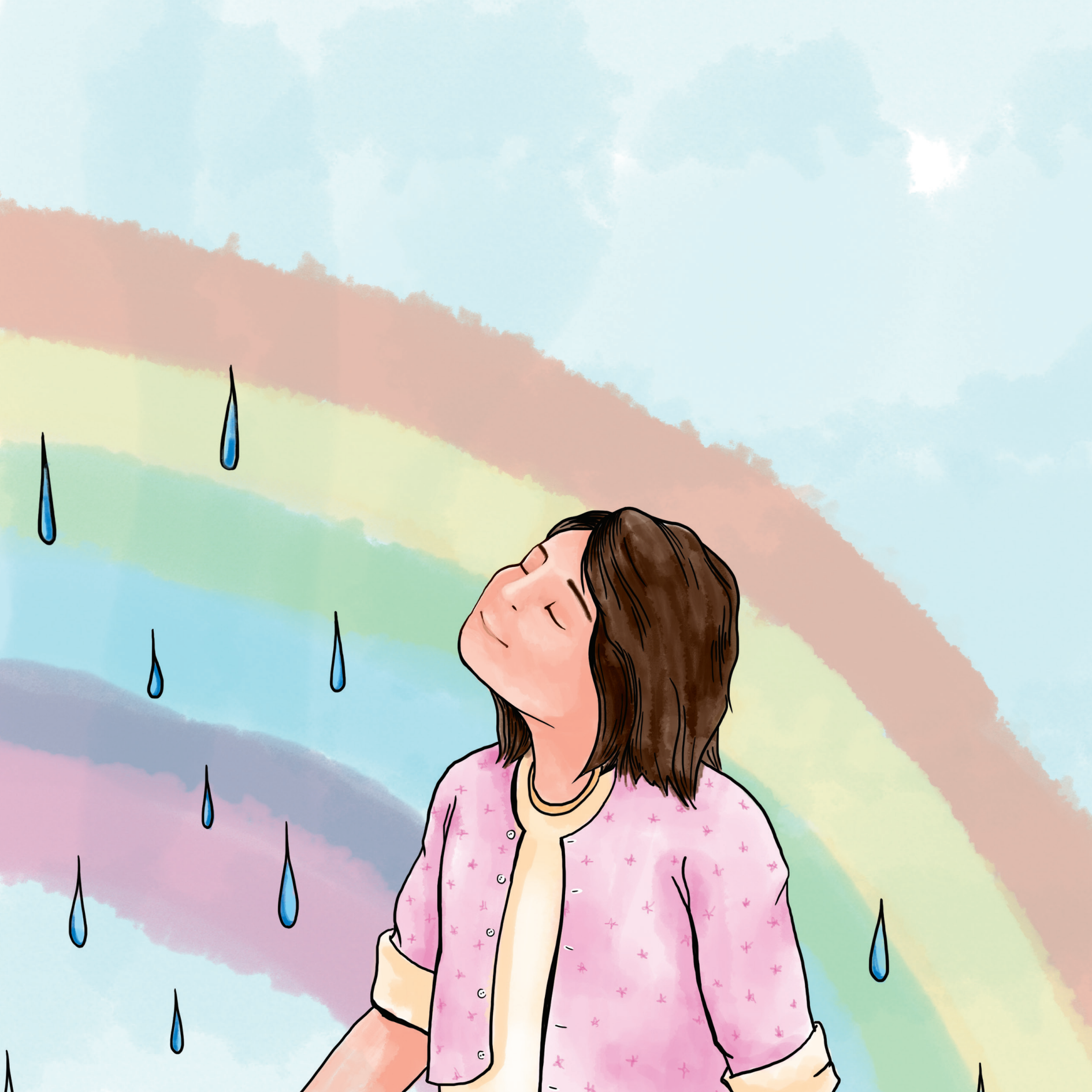


– ¿Y todo les asustaba?

– No todo. Pero claro que los animales del bosque, el silbido del aire en la montaña, los truenos, eran cosas de la naturaleza que los sobrecogían, es decir, los intimidaban. Yo creo que los relatos que los ancianos contaban alrededor del fuego, en el patio de las casas, en las reuniones con la familia, les ayudaban a entender todas esas cosas
– me explicó mi tío.

– Bueno, a mí las historias también me ayudan a entender las cosas, pero no sé si realmente hacen que no me asuste de nada.

– Digamos que esas historias ponían las cosas en orden: explicaban cómo era el mundo, cuándo había surgido, quiénes eran los dioses y cómo estos dioses hacían que lloviera, que crecieran las plantas, que volviera a salir el sol.



A veces, cuando mi tío habla, siento que viajo a otra parte. Me quedo pensando en lo que dice y de pronto mi mente me lleva a otro sitio. Así me pasó cuando me hablaba de esas historias que ayudaban a nuestros antepasados a entender el mundo. Mencionó la lluvia... y entonces yo cerré los ojos y me acordé de una lluvia muy fuerte que vi hace años en el campo: fue la primera vez que contemplé un arcoíris completo, con principio y fin.

– Ana, ¿me estás escuchando?

19

– Sí, tío, me quedé pensando en la lluvia.

– Más tarde te voy a hablar del dios de la lluvia, pero eso será en otra sala.

– Tío, ¿qué bebe este hombre?

– Probablemente, pulque. Era muy común en las fiestas. También se tomaban otras bebidas alcohólicas, hechas con maíz o con la planta del balché.



– ¿Tomaban mucho?

– Tomaban en las fiestas religiosas y también en las fiestas familiares. Ah, y por cierto, también fumaban.

– ¡Yak!

– Ana, en aquella época no tenían ni idea del daño que hace el tabaco; les gustaba el aroma y lo fumaban en forma de grandes puros.

21

– Como el abuelo Julián.

– Sí, ya ves que a mi papá le gusta fumar puro. Ven, que te quiero hablar de las ofrendas. Es muy importante.

– Pero antes háblame de este mono que tiene una calabacita en la mano.

Cuando el tío Trinidad se ríe, lo hace tan fuerte que toda la gente voltea a mirarnos. Eso me choca. Pero a la vez me gusta verlo reírse porque le brillan mucho los ojos. Dice mi mamá que desde chiquito se reía así.

– No es una calabacita, linda, es una vaina de cacao. Lo que el mono tiene en la mano es una vaina de cacao.

– ¿Y por qué el mono parece persona?

22

– ¿Recuerdas, cuando fuimos al zoológico de Chapultepec, en México, que visitamos la jaula de los monos araña?

– Claro... te dije que parecían personas chiquitas, de patas largas y con barriguita.

– En los relatos indígenas se habla de los animales como si fueran seres humanos. Y muchas veces los representaban en figuras de barro y de piedra con algunas características humanas. Los monos aparecen en muchos relatos, e incluso había algunos dioses con figura de mono.

– ¿Y qué hace sujetando el cacao?

– Es algo que los monos araña suelen hacer, recuerda que andan por las copas de los árboles y se alimentan de frutas tropicales.



En una vitrina del museo vimos varios braseros. Tío Trinidad me explicó que son recipientes en los cuales se ponían las brasas al rojo vivo, por eso se llaman braseros.

– ¿Y para qué usaban los braseros, tío?

– Cada mañana, al salir el sol, en todos los templos, en todos los palacios y en todas las casas, hasta en las casas más humildes, se soplaban las brasas que habían quedado del fuego nocturno...

– ¿Y si el fuego se había apagado ya...?

– En los templos y palacios el fuego no se apagaba nunca. Y supongo que si en alguna casa la flama se extinguía, encenderían otra.





– ¿Con cerillos?

– Claro que no, Ana, los cerillos son muy modernos.

– Entonces ¿cómo?

– Con un palito y una tablita. Friccionaban la punta del palo en la tabla y hacían arder algunas pajitas secas hasta que se hacía la flama.

– Como en las películas.

– Exacto, como en las películas.

– Las brasas se colocaban en los braseros. Los había de todos los tamaños; los más pequeños cabían en la mano... Sobre las brasas se dejaba caer polvito de copal, que al contacto con las brasas provocaba un humo blanco muy perfumado.

– Es como el incienso que a veces usan en la iglesia.

– Sí, se parece al incienso.

– ¿Y ese humo qué tiene que ver con lo de las ofrendas que me querías contar? – pregunté yo.

– Pues que ese humo perfumado del copal era una de las ofrendas más valiosas que los hombres podían hacer a los dioses. Así les agradecían por todo lo que los dioses daban a los hombres cada día.

– ¿Y por qué en forma de humo?



– Los dioses eran invisibles, y para actuar se metían en las cosas, en los animales y en las personas. Eran como un aire ligero que iba y venía animando el mundo. Entonces los antiguos pueblos indígenas acostumbraban regalarles esencias, aromas, humo. Ellos creían que los dioses podían absorber todo eso.



– ¡Mira, tío, calaveras!

– Son restos de un monumento que llamaban *tzompantli*.

– En la escuela me dijeron lo que es el *tzompantli*, pero dice la maestra que los hacían con cabezas de verdad, con las cabezas de los guerreros sacrificados.

– Y es cierto, hacían *tzompantlis* con cabezas de verdad, que con el tiempo se iban convirtiendo en calaveras. Pero además construían pequeños altares en los cuales esculpían cráneos, y los colocaban en filas, como en los verdaderos *tzompantlis*.

– Pues lo del *tzompantli* me suena cruel.

– En todas las épocas hay guerras y cosas crueles. Pero para ellos tenía un sentido religioso.



– Tío, te tengo que decir algo.

– No te agobies, yo sé que lo del sacrificio es un
tema difícil...

– No es eso, es que tengo que ir al baño.

– Pues ándale, ve volando.



Hay una sala en el museo en la que sólo hay figuras de personas: chicas, grandes, hombres, mujeres, viejos, gordos... Ah, y también hay cabezas y caras... Fue una de mis salas favoritas...

– ¡Qué *cool*! – tan pronto como se me escapó la exclamación recordé que a mi tío no le gustaba nada.

– ¡Cómo que *cool*, nena! Mejor di, en español, “qué bonito”, “qué padre”.

– Sí, tío, pero es que realmente es *cool*. Mira cuántas figuras de personas, cuánta gente chiquita de barro, cuántas caras.

– Ya te advertí que íbamos a ver cosas muy bonitas, Ana.





– Mira estas dos figuras, tío. Una parece que está cantando y la otra nos saluda. Son enormes.

– Yo creo que la que está sentada representa a un sacerdote meditando y cantando...

– Pero eso lo hacen los monjes budistas, los que se afeitan la cabeza, ¿no?


– Eso lo han hecho en muchas religiones, Ana. Algunos escritos cuentan que los sacerdotes del México antiguo se reunían dentro de sus monasterios y pasaban mucho tiempo, sin comer ni beber nada, haciendo un canto profundo y monótono.

– ¡Guau!, hacían meditación. Esto se lo tengo que contar a la tía Lucero. O sea, incienso y meditación, le va a encantar.



A veces mi tío Trinidad se queda callado, como si no estuviéramos conversando. Se pone a pensar en algo y hasta que no lo acaba de pensar no está de regreso. Dicen que en eso nos parecemos mi tío y yo. Pero hay una diferencia, y es que cuando él regresa al planeta Tierra siempre se pone muy serio y explica algo. Algunas veces no entiendo por qué eso era tan importante, pero de todos modos me gusta escucharlo.



An illustration of a woman with long brown hair, wearing a pink sweater with small floral patterns and orange pants. She is shown in profile, looking towards the left. A hand in a light blue sleeve rests on her right shoulder. Another hand in a light blue sleeve points towards the left. The background is a soft, light green and blue wash.

– A ver, Ana. Escoge una figura que te guste de esta vitrina, ya que en la próxima la voy a escoger yo. Y dime por qué te llama la atención.

– Bueno, en esta vitrina todas se parecen bastante, pero escojo ésta muy lisa, grandecita, de cabeza cuadrada.

– ¿Y qué es lo que te llama la atención de esta figura?

– Que sólo tiene unas líneas pero con esas poquitas líneas dice mucho.

– A ver, explícame.

– Sí, por ejemplo, con unas líneas rayadas en la parte de la cabeza...



– Se dice “talladas”, Ana.

– ¿Quieres que te explique o no?

– Quiero que me expliques pero quiero enseñarte a usar las palabras correctas.

– De acuerdo. Con unas pocas líneas talladas en el bloque que forma la cabeza se da a entender que tiene los ojos entrecerrados, que arruga la frente, con una expresión como seria... Ves, parece que está muy serio, y lo sabemos a pesar de que no están bien dibujadas todas las formas de la cara.

– Lo explicas mejor que mis alumnos de la universidad.

– Será que soy más lista.

– Te toca, tío. ¿Qué pieza escoges?

– Déjame que escoja dos piezas a la vez. Y ahora te voy a explicar por qué.

– Está bien, ¿cuáles son?

– ¿Ves esa figurita muy pequeña de un señor pelón que se apoya en la mano como si pensara?

– Sí.

– Bueno, pues escojo ésa y la señora que está a su lado. Son dos de mis piezas favoritas en este museo. Y son muy antiguas. Ambas podrían ser, más o menos, como del año 1000 antes de Cristo. Cuando muy tarde, 800 o 700 antes de Cristo.

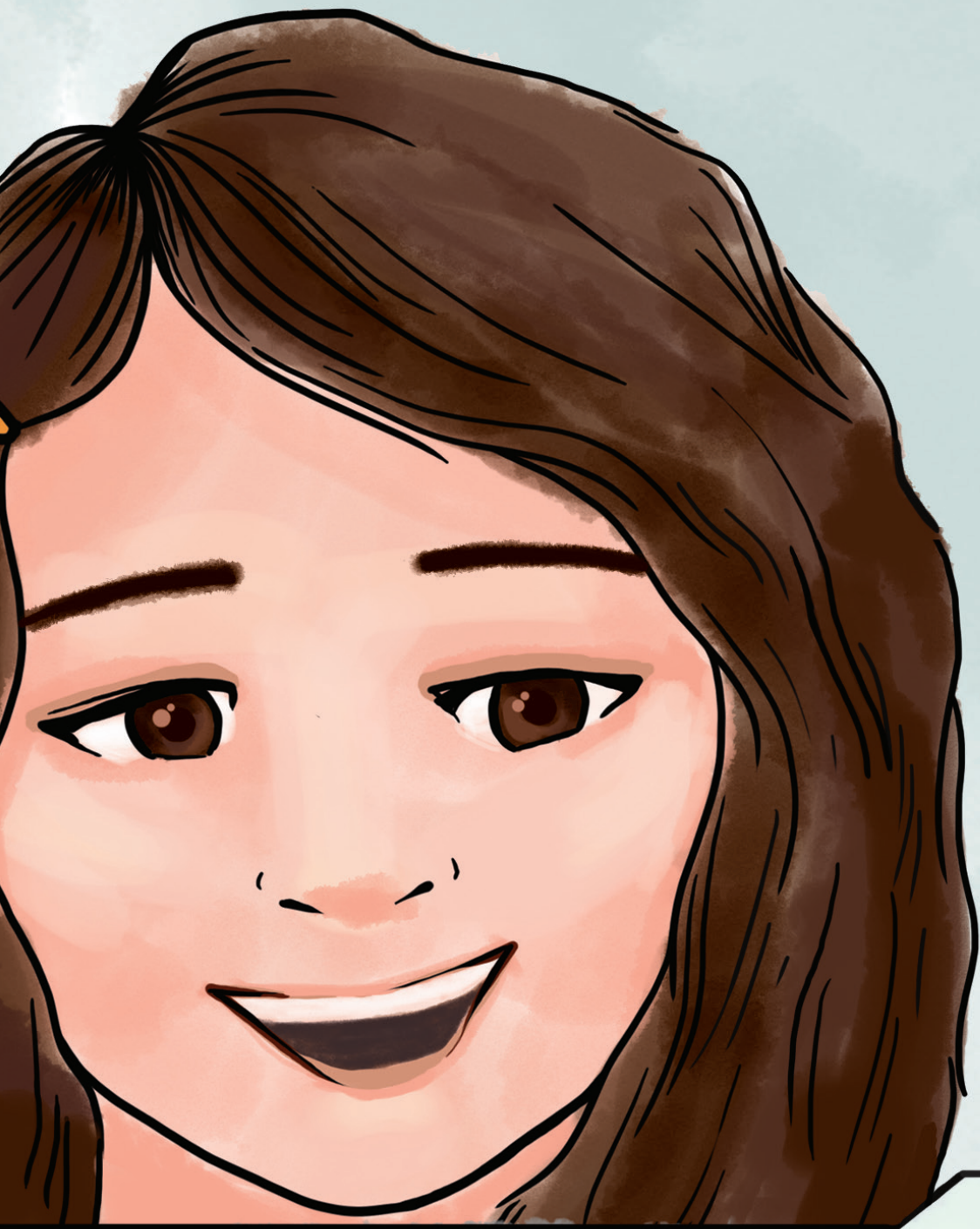
– ¿Y por qué te gustan?

– Me parecen muy expresivas, ¿entiendes lo que quiero decir?

– ¿No habíamos quedado en que soy muy lista?

– Claro, pues eso, que son muy expresivas. Mira, a pesar de lo diminuto de la pieza, la modelaron con mucho detalle y delicadeza. El rostro es el de alguien que está pensando, y como se apoya en la mano parece que está verdaderamente concentrado.





– Y la mujer, aunque está trabajada con otro estilo, de otra manera, también se ve muy viva. Fíjate cómo se apoya con la mano derecha, y con qué naturalidad le cae esa capita que lleva. Las dos son de una misma época y de regiones no muy lejanas, aunque de estilos algo distintos... Bueno, y me gusta que las hayan puesto juntas en la vitrina. Me gusta que no estén solas, que las hayan hecho formar una pareja...

– Pues a ver si te aplicas eso mismo, tío – y tan pronto como lo dije me mordí la lengua. A fin de cuentas, si mi tío quiere vivir solo, es cosa suya. Mejor para mí, porque siempre tiene tiempo para enseñarme cosas y contarme historias.

– Mira, otra figurita que nos saluda – dije yo. Y lo que agregué después, de plano sorprendió a mi tío –. A éstas les dicen caritas sonrientes, ¿a que sí?

– Claro que sí, Ana, así las han llamado los arqueólogos y quienes las han estudiado. Y tienen razón.

– ¿Cómo sabes que tienen razón, que realmente eso es lo que están haciendo?

– Hay varios documentos del siglo XVI, con pinturas y con escritura, por los cuales podemos saber que la idea de la alegría se representaba así, con los brazos abiertos y las palmas de las manos abiertas también. Entonces, estas figuras...

Y mi tío siguió hablando un buen rato, todo lo que uno pueda imaginarse de las caritas sonrientes. ¿Ya ven por qué les dije que lo sabe todo?





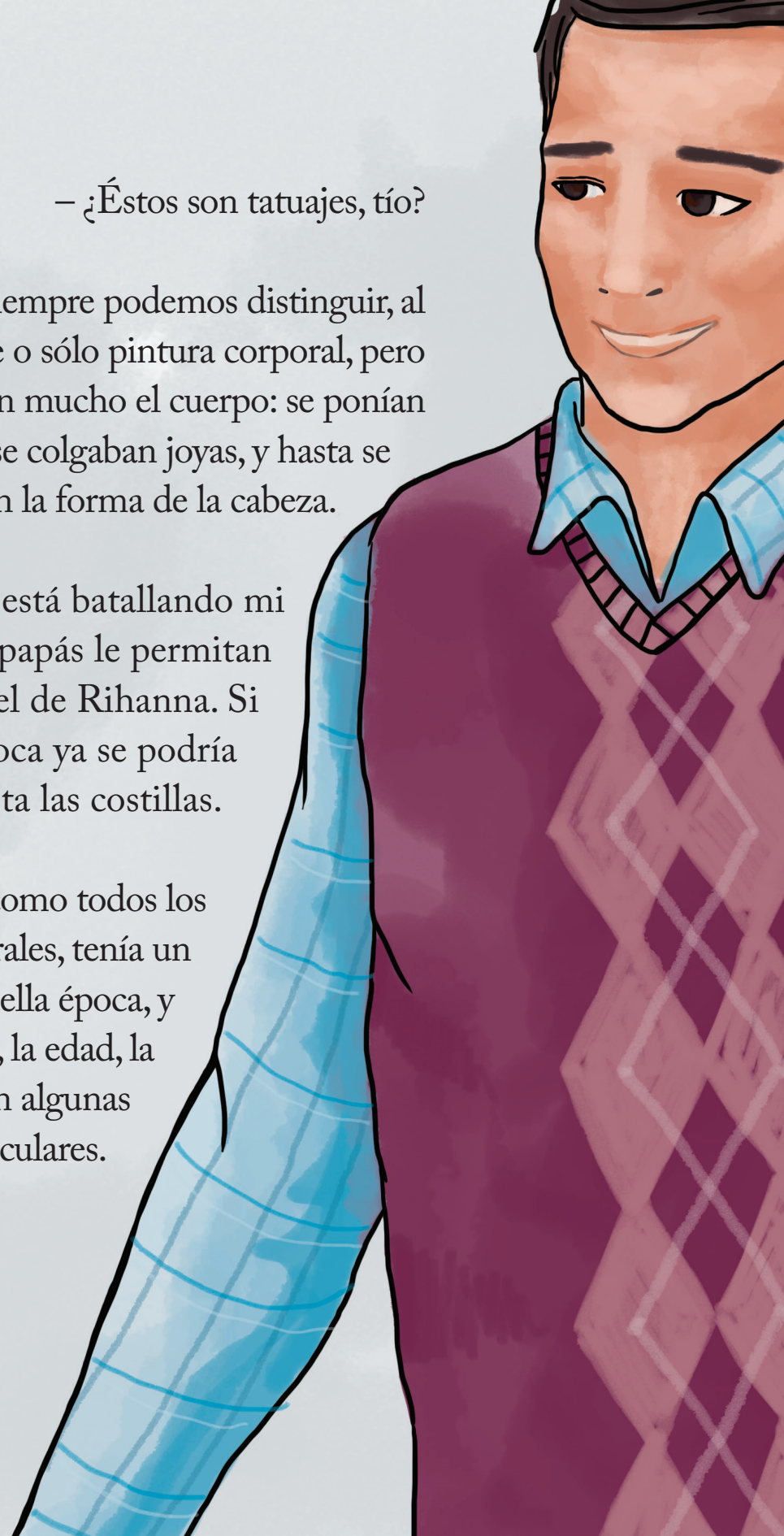


– ¿Éstos son tatuajes, tío?

– Sí, los usaban mucho. No siempre podemos distinguir, al mirar las figuras, si es tatuaje o sólo pintura corporal, pero hacían ambas cosas. Se adornaban mucho el cuerpo: se ponían cosas en las orejas, en los labios, se colgaban joyas, y hasta se modificaban la forma de la cabeza.

– Y pensar en todo lo que está batallando mi prima Luisa para que sus papás le permitan hacerse un tatuaje como el de Rihanna. Si hubiera vivido en aquella época ya se podría haber tatuado hasta las costillas.

– Tal vez no. El tatuaje, como todos los demás adornos y signos corporales, tenía un significado muy especial en aquella época, y estaba relacionado con el sexo, la edad, la jerarquía de la persona, incluso con algunas ceremonias religiosas particulares.





– Y este retrato, tío, ¿es una máscara?

– También a mí me gusta mucho. No es una máscara, aunque lo parece. Y tienes mucha razón al llamarlo “retrato”. Estoy convencido de que representa a un gobernante de la época olmeca.

– ¿Y por qué vemos sólo la cara?

– Hay bastantes monumentos de aquella época a los cuales se les arrancaron las cabezas o se les rasparon los rostros. No estamos seguros si se trata de una actividad ritual, posterior a la muerte de los gobernantes, o si es resultado de sublevaciones, en las cuales se atacaron las imágenes de los jefes políticos y religiosos.

– Entonces ¿este rostro sería uno de esos que fueron desprendidos de una escultura completa?

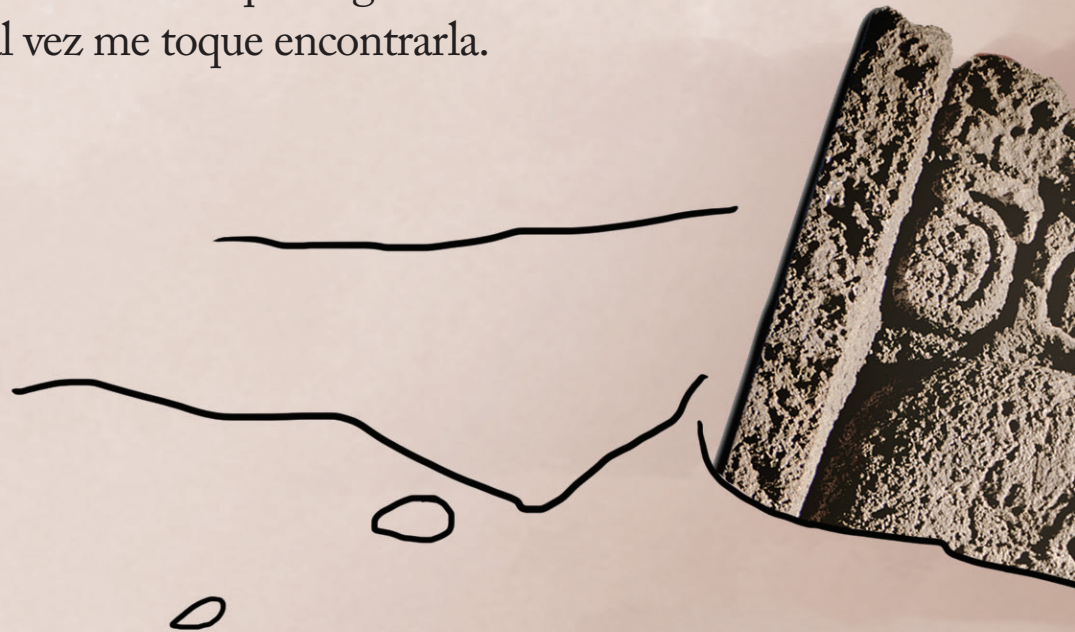


– Eso creo, y como lo desprendieron cuidadosamente, ya no me convence la idea de que haya sido un grupo de sublevados golpeando esculturas sin ton ni son. Era parte de algún ritual.

– Oye, tío Trini, entonces en alguna parte, enterrada, hay una escultura de un señor al que le falta la cara...

– Sí, Ana, en alguna parte está enterrada esperando que alguien la encuentre.

– Si yo me convierto en arqueóloga cuando sea grande, tal vez me toque encontrarla.







– Las de esta vitrina sí que son máscaras – dije yo.

– Sí, Ana, observa cómo algunas de ellas tienen pequeños orificios para sujetarlas.

– Pues debe haber sido muy molesto y muy cansado actuar y bailar con una máscara de piedra o de barro colgando frente a la cara.



– Es que no son ese tipo de máscaras. Los pueblos del México antiguo utilizaban máscaras de dos tipos diferentes. Unas eran de madera o incluso de paja o papel, y se usaban en las fiestas y danzas, como ocurría también en las culturas del resto del mundo...

– ¿Y las otras?

– Las otras son éstas: máscaras funerarias. Se colocaban a la altura del rostro del cadáver que había sido previamente envuelto en una manta o en un petate.

– Y no me digas que ese señor al que le faltan los brazos está muerto, tío.

– Bueno, es posible que esta escultura de barro represente a un guerrero o danzante que en la vida real usaba una máscara más ligera.

– A ver, Ana, ¿te cansaste o seguimos?

– ¿Cómo crees que me voy a cansar si fui primera en natación?

– Esto no tiene mucho que ver con la natación. Me refiero a si tienes ganas de seguir, si no estás aburrida.

– Por ssssssupuesto que no estoy aburrida. Y, mira, además esta sala se dedica a las costumbres. Quiero que me expliques.



Mi tío siempre me está preguntando si estoy bien, si estoy contenta, si ya me cansé, si tengo sed, si quiero ir a otra parte. A veces exagera, pero a la vez es lindo sentir que alguien está todo el tiempo pendiente de ti. Y la verdad es que no sólo no me había cansado, sino que después de ver cada vitrina tenía ganas de ver más y más.



– ¿Te acuerdas que te prometí hablarte del dios de la lluvia?

– Sí.

– Pues ésta es su imagen.

– Ah, ya sé, es Tláloc.

– De acuerdo, pero a ver si podemos entender la pintura, ¿te parece?

– Sí, te parece... Que diga, sí me parece.

– Pues mira, debe ser la representación de uno de los muchos Tláloc que vivían en el interior de las montañas. Dime, ¿qué viene cargando en el brazo?



– Parece un cántaro.

– Exacto, es un cántaro. Significa que él posee y controla el agua de los manantiales y de las lluvias. Esas franjas ondulantes que salen del cántaro son chorros de agua. Y frente a él hay nubecitas...



– ¿Y los chícharos, tío?

– Ah, ¿tú dices la enorme vaina que parece surgir del cántaro? Chícharos no pueden ser porque es un cultivo mediterráneo, aquí no había. Es larga como una vaina de guaje, y esa planta la comían mucho los teotihuacanos. Pero debe ser una referencia a todas las semillas, que germinaban gracias al agua enviada por el dios de la lluvia.

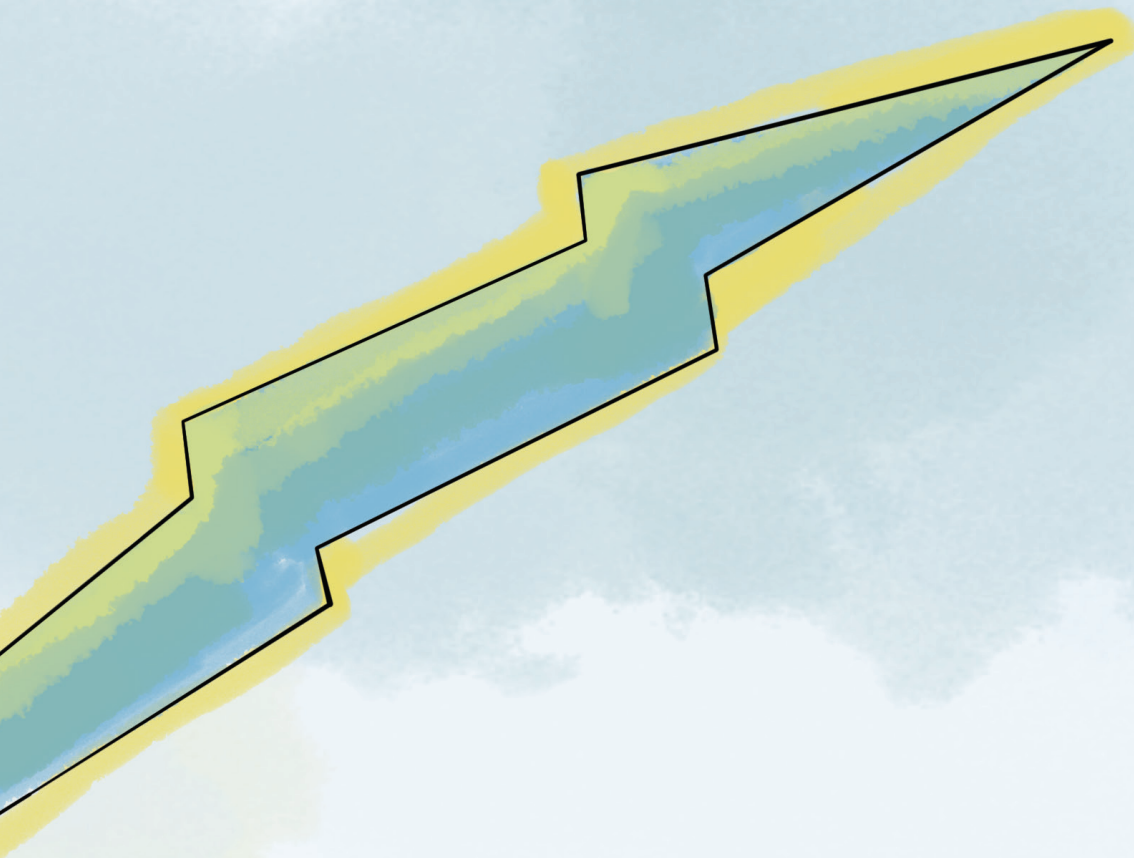


– ¿Y no me vas a preguntar
por la serpiente que lleva en la mano?

– Sí, chaparrita, ¿por qué lleva una serpiente en la mano?

– No es una serpiente, tío, es un rayo.

A veces mi tío se siente tan satisfecho de que conozca
la respuesta correcta, que en lugar de decir algo me mira
fijamente y me guiña un ojo. Nadie sabe guiñar el ojo
como mi tío.



Durante la visita al museo aprendí que los platillos que comemos cada día en México no se podrían preparar si no tuviéramos ingredientes que fueron introducidos por los colonizadores españoles. Mi tío me pidió que nombrara tres alimentos que me gustaran mucho. Yo le dije arroz rojo, quesadilla de queso y papa, y nieve de limón. Resulta que con los ingredientes prehispánicos no habría podido hacerme ninguna de las tres cosas: había tomate pero no arroz, había tortilla pero no queso, y tampoco papa – que vino del Perú –. Y del helado de limón ni hablar, pues todos los cítricos vinieron del Mediterráneo.

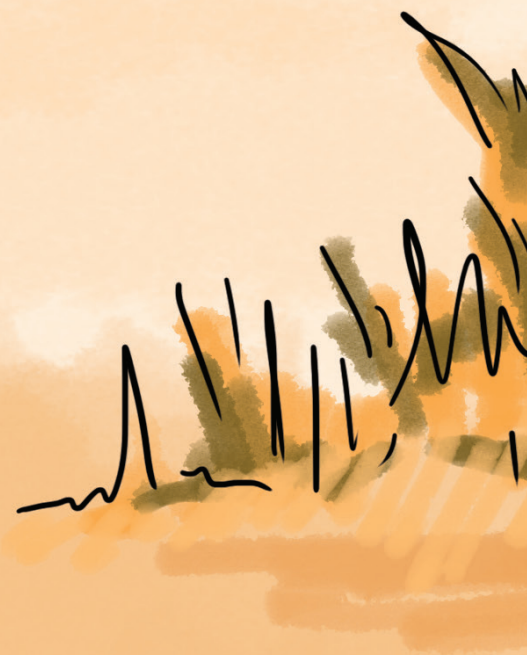
Mi tío me explicó que los principales alimentos del México antiguo eran el maíz, el frijol, la calabaza y el chile, además del amaranto, el tomate, algunas frutas como la guayaba y gran variedad de peces y aves, además del venado y otros animales terrestres.





– Oye, tío, ¿y qué me dices del cerdo, el borrego, la cabra, la vaca y el caballo?

– Todos esos animales de granja llegaron con la colonización, aquí no los había. Los únicos animales domésticos eran el guajolote y el perro. Había tres o cuatro razas de perro. Pero no vayas a pensar que eran solamente mascotas, también los cebaban para comérselos, así que el perro formaba parte de su dieta.







– Tío, explícame por qué hay tantas figuras que cargan cosas a la espalda.

– Notarás que muchas de ellas tienen una cinta en la frente que continúa luego por los lados hacia la espalda. Es lo que se llama mecapal, y era la forma más común de cargar. Con ese sistema podían cargar hasta treinta kilos.

– ¿Por qué tanto?

– Toma en cuenta que no había carretas ni carretillas, ni mulas o caballos. Era la única manera de cargar. Así movían las mercancías cientos de kilómetros.

– ¿Y por qué algunas llevan un cántaro?

– Porque no todas las ciudades y aldeas contaban con pozos de agua junto a las viviendas. Muchas veces el agua se encontraba en ríos y arroyos a kilómetros de distancia, y la única manera de llevar agua a casa era cargándola en un cántaro con el mecapal.



– Ahora que dijiste la palabra “cántaro” me acordé de un refrán que nos enseñó la maestra de matemáticas.

– ¿Y por qué la maestra de matemáticas les enseña refranes? ¿No debería enseñarles quebrados y divisiones?

– Tal vez se cansa de puros quebrados.
¿Quieres que te diga el refrán?

– Claro.

65

– “Tanto va el cántaro a la fuente
que al final se rompe.”



– Mira, tío, estas figuras me gustan mucho, ¿qué son?

– ¿Recuerdas que hace un rato te señalé dos de mis piezas favoritas del museo, un hombre pensativo y una señora sentada junto a él?

– Sí.

– Pues estas dos que te gustan son de la misma época, por ahí del año 1000 antes de Cristo. Las dos pertenecen a una tradición de figuritas de barro que se llama Xochipala. Modelaban los rasgos del cuerpo con mucho esmero y les daban una expresión muy natural.

– En artes plásticas nos han enseñado a dar forma a pedacitos pequeños de plastilina que vamos agregando a la figura para que tenga cejas, cabello, labios...



– Pues en barro se hace lo mismo, y se llama pastillaje. Luego la figura se cuece y los detalles que se han agregado se quedan unidos al resto de la pieza. Ven, que te quiero mostrar algo.

– Pero no me has dicho de dónde son estas figuras tan lindas.

– De la zona del río Mezcala.

– Yo he pasado por ahí dos veces. Cuando fuimos a Acapulco.

– Pero si sólo has ido una vez a Acapulco.

– Claro, pero de ida y de regreso.



– Quería enseñarte esta imagen...

– Esto es maya también, ¿verdad, tío? Como el trono que vimos en la entrada.

– Sí, también es maya. ¿Qué piensas que representa?

– Pues el personaje de la derecha tiene las manos amarradas a la espalda, ¿verdad?



– También el de la izquierda, ¿ves una línea que pasa sobre el brazo y la espalda? Los dos son prisioneros.

– ¿Y por qué les dedican un monumento a unos simples prisioneros?

– No sólo les dedican un monumento sino que incluso ponen sus nombres. La inscripción dice que uno de ellos venía de Yaxchilán. Muchas veces los prisioneros que se hacían en las guerras eran los mismos gobernantes y otras personas importantes de la ciudad vencida. Un rey se sentía muy orgulloso de haber tomado presos a los nobles de otra ciudad.

– Un rey, no. Un *halach winik*, tío.

– Qué buena memoria, Ana. Exacto, un *halach winik*.

Todo iba tan bien, yo estaba disfrutando tanto, y justo tuvo que llegar esta señora a saludar a mi tío. Que si “don Trinidad”, que si “me da mucho gusto encontrarlo aquí”, que si “cuánto tiempo sin verlo”. Me di cuenta de que a mi tío no le hacía ninguna gracia saludarla porque puso las manos detrás de su espalda y movía los dedos sin cesar. O sea, le caía gordísima.

Si me quedaba a escuchar los cumplidos y las sandeces de la señora me iba a poner de mal humor. Así que decidí caminar un poco por la sala mientras mi tío se desafanaba de la dama del perfume.



Así llegué frente a una pintura llena de colorido.
Parecía un pedazo de muro que alguien había recortado. Según pude leer en la información que había a un lado de la pieza, la pintura representa una especie de danza o lucha de dos dioses que llevan escudos y una lanza.



– Aquí estás, linda. Perdona, no sabía cómo despedirme.

– ¿Y quién es esa señora, tío?

– ¿Crearás que no me acuerdo de su nombre?

– Bueno. Mira, “don Trinidad”, una pintura teotihuacana. Son unos dioses y tienen armas.

– Exacto, Ana, me impresiona todo lo que sabes.

– En realidad lo leí; mira, en ese letrero lo pone. ¿Y verdad que parece un pedazo de pared?

– Es un pedazo de pared desprendido; la pintura teotihuacana que se conserva es la que decoraba los muros de los edificios de la ciudad. Muchas de esas pinturas representan temas religiosos, como la de Tláloc que vimos hace unos minutos.

– ¿Y lo de la escritura, cuándo?

– Sí, Ana, es justo la siguiente sala.



– Mira, aquí estamos ya...

– ¿Y para qué servían estos vasos?

– Algunos de ellos se usaron para beber chocolate, y quizá también los utilizaron para otra bebida. En todo caso, eran muy especiales y valorados por la gente de la nobleza. Mira éste, fíjate cómo está pintado el gobernante...

– ¿El que está sentado con las piernas cruzadas y hace una inclinación hacia su lado?



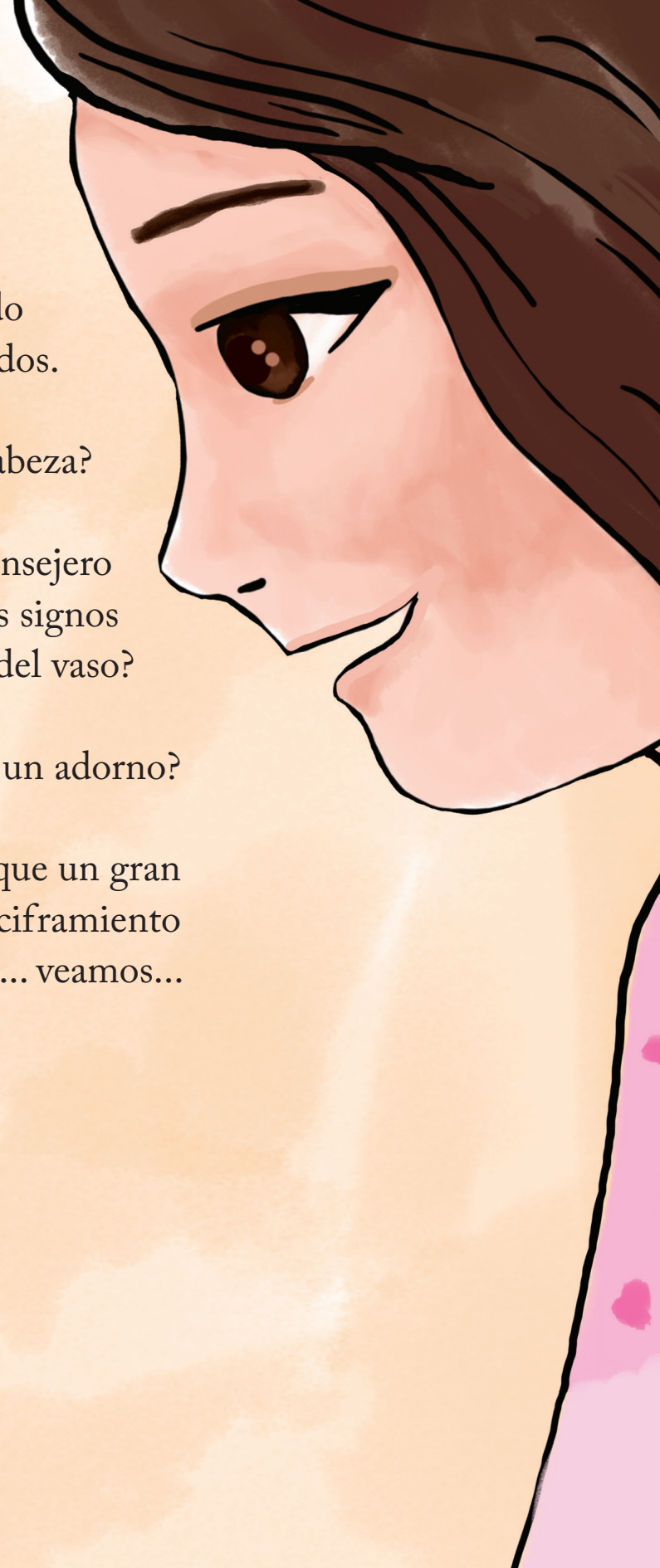
– Sí, así los representaban siempre,
incluso en la escultura. Los muestran
sentados, en el salón del trono, recibiendo
regalos, embajadas y saludos.

– ¿Y ese señor que tiene un trapo en la cabeza?

– Un sacerdote, tal vez era el sacerdote consejero
y la autoridad religiosa del reino. ¿Ves los signos
en la parte superior del vaso?

– Sí, ¿es un adorno?

– Es escritura, ahí dice algo. Sé que un gran
especialista en lengua maya hizo el desciframiento
por encargo del museo... veamos...



*El del amarillo, el lector, el escriba, noche, el de la calabaza,
natziin, el contador, taluul, blanco, Luna, el del agua,
madre, el de la tierra, naatz, el del ave rapaz, el lector,
hijo de mujer, el del agua, el del agua...*



– Yo creo que están describiendo los atributos y los poderes del gobernante. Por ejemplo, lo llaman escriba, contador y lector... o sea que conocía los signos de la escritura y quizá el cómputo del tiempo.

– ¿Los nobles sabían leer y escribir?

– Sí, era algo que se les enseñaba a los nobles desde que eran muchachos. Los que se dedicaban al sacerdocio y al cómputo del tiempo utilizaban la escritura constantemente, pero también los dedicados al gobierno tenían funciones religiosas y debían conocer los signos y leer los mensajes...

– Tío, ¿y qué cosa será este monumento tan grande?

– Yo creo que es lo que podríamos llamar una estela conmemorativa... porque fíjate lo que dice... Si lo escribiéramos en lenguaje de nuestro tiempo, el mensaje sería: *Hace veinte años, el día 7 chikchan del mes 18 tze'ek, el centro de la ciudad fue incendiado en la guerra...*

– ¿Y por qué celebran la destrucción de su ciudad?

– Seguramente lo que están conmemorando es su victoria sobre una ciudad enemiga cuyo nombre ha desaparecido por la fractura de la estela. Y yo creo que este gobernante de la lanza fue el que condujo a su pueblo a la victoria.

– Pues guapo no es.

– Depende qué sea guapo para ti, pero no se necesita ser guapo para ser un buen rey.

– *Halach winik*, tío, acuérdate.



– Tío, mira, ahí viene otra vez la señora que te dice
“don Trinidad”... Mejor vámonos a otra sala.



– No tiene importancia, chaparrita. Pero de todos modos, mira, ¿qué te parece si un día volvemos con calma a visitar sólo la sala de escritura y tratamos de identificar los glifos mayas y sus significados? Los esquemas están muy bien y seguro aprenderemos a localizar algunas fechas... ¿Te parece?

– Buena idea, tío.

– Vamos entonces a la última sala.

– Pero nos faltan dos salas, tío, la 6 y la 7.

– Es cierto, pero las dos están unidas en un mismo pasillo, ahora verás.



– Tío Trini, creo que ya puedo reconocer dos cosas: estas dos imágenes que tienen algo así como relieve... ¿Cómo se dice?

– Sí, Ana, así se dice, son relieves. Y éstos en particular están hechos de estuco.

– Bueno, pues estos dos relieves son mayas, ¿verdad que sí?

– ¿Cómo lo puedes saber?

83

– Las figuras, las posturas, los adornos, me recuerdan mucho los de los vasos que vimos hace un momento. Y el señor en este relieve se inclina igualito que el del trono e igualito que el del vaso... Oye, tío, ¿y no les daba tortícolis de ponerse siempre así?

– Quizá algunas veces adoptaban esa postura en la vida real, pero lo que sucede es que los artistas la escogieron para representar en sus obras al gobernante y que no hubiera duda.

– Pero me dijiste que ya podías reconocer dos cosas.
Dime, Ana linda, ¿cuál es la otra?

– Pues esas dos pinturas son teotihuacanas
también... – y entonces, ya se pueden imaginar
lo que hizo mi tío, ¿verdad? Exacto, me guiñó el
ojo. Para él cerrar el ojo es mucho más que decir
“fantástico” o “te felicito”.



Mientras miraba estas pinturas pensé que quería volver a visitar Teotihuacán, pues sólo había ido en una ocasión con la escuela y me acuerdo de tres cosas: la escalinata de la Pirámide del Sol; un discurso sobre los egipcios, que hizo el maestro Magaña, del grupo de cuarto año, y un calor tremendo. Seguramente que mi tío me adivinó el pensamiento, porque luego, luego me dijo...

– Tenemos que ir a Teotihuacán. Pídele a tu mamá que organice un plan y nos vamos con tus primos también. Les quiero enseñar la pintura mural...

– ¿A poco quedan pinturas murales allí?

– Claro, Ana, muchos de los edificios conservan pintura mural. Vas a ver qué bonito es.



– ¿Y las aves que pintaron en estos fragmentos... son quetzales?

– Sí, Ana, las plumas de quetzal eran muy valiosas para los pueblos antiguos de México. Las apreciaban a tal punto que los tocados más lujosos, los que usaban los grandes gobernantes, tenían siempre plumas de quetzal. Además las plumas eran muy importantes para sus danzas religiosas.

– Lástima que todo eso se terminó con la conquista, ¿no crees?

– Es verdad que se perdieron cosas valiosas de la antigua civilización mexicana, pero muchas se conservaron. Incluso lo de las plumas. A lo largo de toda la época colonial los indígenas siguieron usando las plumas de quetzal para bailar.

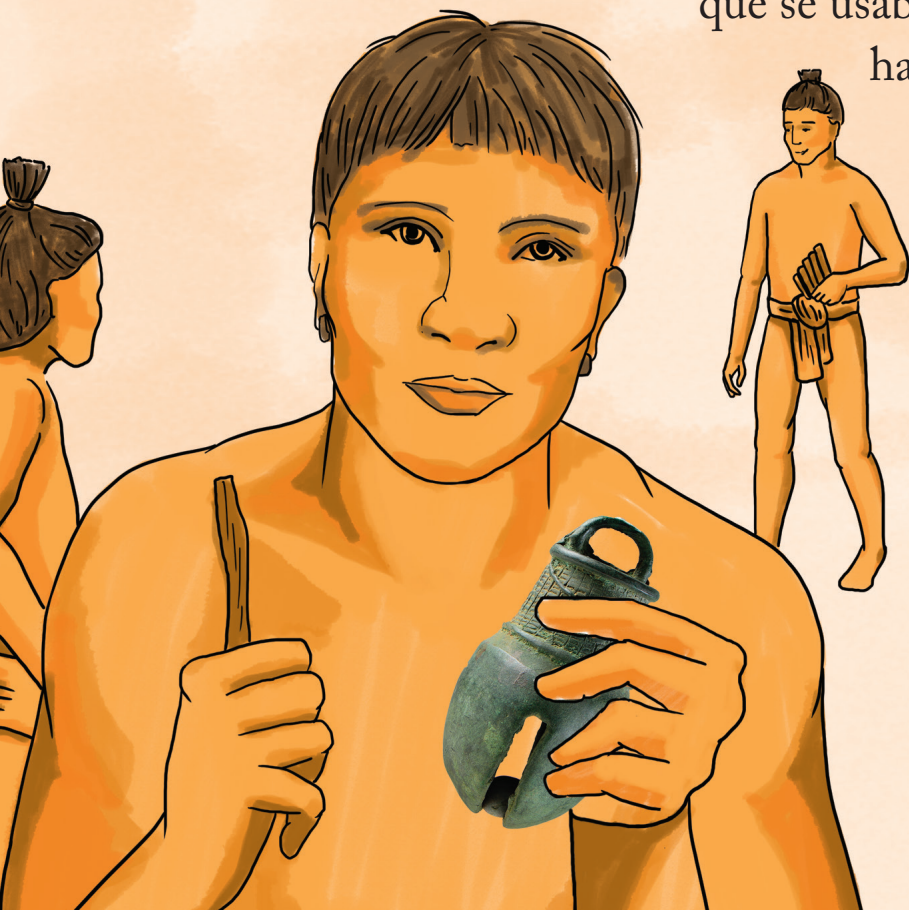
– Y hablando de música, mira cuántos instrumentos musicales, tío.

– Sí, fíjate cuántas flautas y silbatos. ¿Y ves esa tablilla con rayas? Parece un raspador, una especie de güiro. También sabemos que tenían tambores...

– Yo he oído hablar del *teponaztli*.

– Ése era uno de los tambores que usaban, como un tronco ahuecado con lengüetas. Y también usaban tambores de parche de membrana, parecidos a los que se usaban en otras partes del mundo, y

había algunos muy grandes. Los tambores eran muy importantes para marcar el paso a la hora de bailar... Además solían colgarse cascabeles... mira, como éstos.

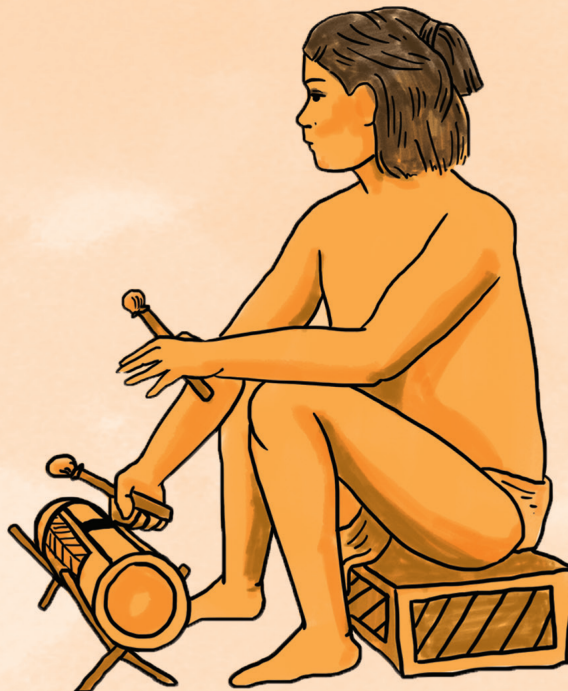


– ¿Sabemos cómo eran sus canciones,
o cómo era el ritmo de sus bailes?

– Conocemos cantos en lenguas indígenas,
especialmente los que se hacían en lengua náhuatl
y que se recopilaron en la época colonial. Pero lo que
no sabemos es cómo era el ritmo
y cómo sonaba su música.

– ¿Por qué no podemos saber eso?

– Porque no se había desarrollado la
notación musical, la escritura de
notas musicales. Todo se transmitía
por el oído y por la práctica de
una generación a otra.





– Mira, tío, aquí hay muchas vasijas. ¿Qué te parece si volvemos a hacer eso de que cada uno escoge algunas piezas que le gusten y explica por qué?

– Me parece muy buena idea. Tú primero, Ana.

– Pues a mí lo que más me llama la atención es este gran platón.

– ¿Y por qué te gusta?

91

– Porque no tiene a Tláloc, no tiene una serpiente ni una calavera, no tiene ninguna fecha, ni un agujero para el fuego... No es más que un platón muy bonito.

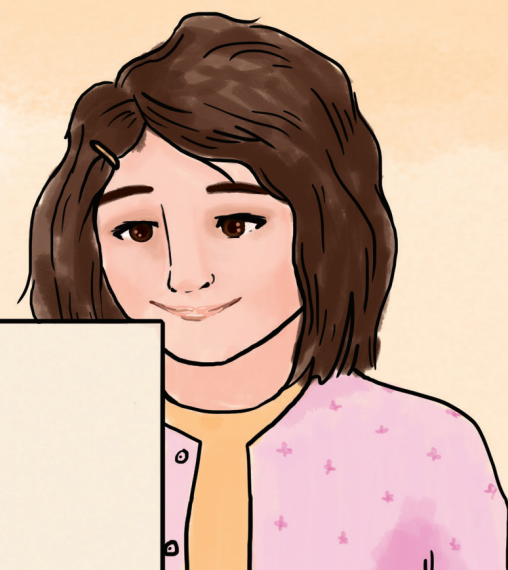
– En realidad hay bastantes obras así. Si te das cuenta, en este museo hemos visto muchos objetos que tienen hermosas formas y decoraciones, a veces muy esquemáticas: unas líneas, un diseño simétrico, ondulaciones...

– ¿Y cuál es tu pieza favorita de esta vitrina, tío?

– Esa olla.

– Pero es sólo una olla, tío.

– Justo por eso me gusta tanto. Las formas más antiguas, compartidas por casi todas las culturas del mundo, pero que detrás de ellas hay un logro tecnológico formidable. ¿Te imaginas?, convertir un puño de tierra en un recipiente resistente que puedes poner al fuego y que puede durar más de mil años... Y que tiene una simetría perfecta, y que no necesita nada más...



– Tienes razón, ¿y tú crees que la habrán usado igual que nosotros, para cocinar?

– Te voy a decir lo que pienso yo. Parece una olla común, como las que usaban todos los días en las casas indígenas para calentar la comida, por ejemplo los frijoles. Pero es extraño que se haya conservado casi completa. Esto sucede cuando un objeto está enterrado en una tumba, y no queda aplastado por los desplomes naturales de una casa abandonada.

93

– ¿Entonces?

– Yo creo que fue una olla de cocina. Y que al morir alguna persona de esa casa la olla se enterró junto con otros recipientes y alimentos que se colocaron como ofrendas.

– O no.

– Es cierto, Ana, es una suposición.

– ¿Podemos ver la otra vitrina de cerámica?

– Claro, Ana. De hecho, en esa vitrina está una de las piezas más bonitas del museo. ¿Ves ese vasito negro con patas...?

– Sí.

– Acércate y mira lo que tiene dentro.

– ¡Ey, qué sorpresa!, tiene una figurita adentro. Es un hombrecito... Pero tiene cola... ¡Es un mono! Pero qué curioso, parece que se protegiera los ojos de la luz...

– Claro, Ana, imagínate que tú fueras el mono y que de pronto un humano levantara la tapa del vasito en el que vives...

– ¿Pero tenía tapadera?

– Sí, todos los vasos de ese tipo tenían tapadera. Ésta debió de romperse.



– Claro, el mono nos está viendo, se protege la vista de los rayos de luz con una mano... Pero voltea como un humano, qué increíble. La verdad es que en la época prehispánica no sólo hacían cosas solemnes, ¿verdad, tío? Da la impresión de que también tenían sentido del humor...

– Seguro que lo tenían.



– Bueno, creo que por fin llegamos al último tramo de la visita...

– ...que es...

- El tema de la muerte, Ana.

– A mí no me asusta ver huesos...

– Claro que no, tú ya sabes que esto de la muerte es algo normal, es parte de la vida.

– Justo así lo dice mi tía Lucero, que es parte de la vida y que además reencarnamos varias veces hasta volvernos mejores personas.

– Ojalá fuera así, Ana. Entonces todo sería tan sencillo como esperar unas cuantas generaciones, y después dejaría de haber gente mala y cruel. En todo caso, eso no era exactamente lo que pensaban sobre la muerte los pueblos indígenas de México.

– ¿Cómo era?

– Creían que el alma principal del individuo hacía un viaje de cuatro años hasta llegar al mundo de los muertos. Allí se desintegraba y el aire sagrado que la había formado se reunía con el flujo de todas las fuerzas sagradas que animan el mundo.

– Dijiste “el alma principal”, ¿y las otras almas de la persona?

– Quizá sería más correcto llamarlas fuerzas, también podrían llamarse vientos de energía sagrada... Pues se dispersaban por el mundo tras la muerte, excepto una pequeña porción, que se quedaba atrapada junto a los restos o cenizas del difunto. Así parece que era la creencia.

– Tío, ¿qué cosa será esto que parece un cráneo con penacho?

– Probablemente se trate de una de las representaciones del señor del mundo de los muertos, al que los nahuas llamaban Mictlantecuhtli. Lo imaginaban como un rey. Creían que vivía en lo más profundo de la tierra, en una especie de oscura caverna.

98



– ¿Y por qué habrán puesto figuras de perritos en esta vitrina?

– Estos perros de barro se colocaban junto a las ofrendas de los muertos en las tumbas del Occidente. Al parecer, los pueblos indígenas de México creían que el alma de las personas era acompañada por un perro en su viaje al mundo de los muertos. En algunos casos se sacrificaba un perro para que acompañara al difunto en la tumba.

– ¿Te imaginas que hubiéramos sacrificado al Darcy para que acompañara a mi abuelita?

– Ana, no juegues con esos temas.



– Mira qué curiosa pintura.

– ¿De dónde es, tío?

– Pues fijate: por su color y su formato recuerda mucho a la pintura de Teotihuacán, pero es más tardía; ésta es una pintura del Posclásico, o sea, de la última etapa antes de la conquista española.

– ¿Cómo se sabe eso?

– Porque se ven cosas que sólo se pintaban así en la última etapa, como el sacrificio de la codorniz, el puñal del sacrificador, los numerales como una fila de bolitas... Yo creo que podría ser de algún sitio próximo a la costa del Golfo.





– Oye, tío, ahora sí creo que estoy cansada.

– Pues escogiste un buen momento para cansarte porque hemos llegado al final del recorrido. Ya otro día vendremos a mirar con calma esta reconstrucción de una tumba.

– Claro, la verdad es que me quedo con ganas de regresar, y además quiero leer sobre las culturas prehispánicas.

– Me alegro, Ana, ésa era la idea. Vamos con tus papás. Me dijeron que los encontraríamos en Santo Domingo.

103

– ¡Otra boda!

– No, Ana, ninguna boda. Querían comprar unos dulces. Vamos y les cuentas del museo.

– Les diré que vengamos todos la próxima semana, y yo voy a ser su guía.

– Qué buena idea, Ana. Y ahora pon atención que vamos a cruzar la calle.

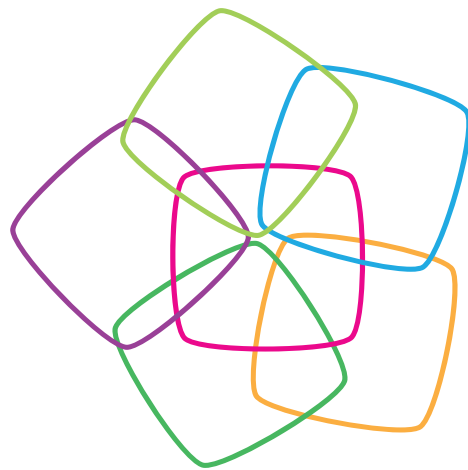
Ana descubre el México antiguo en el Museo Amparo

se terminó de imprimir en 2015
en los talleres de REPRODUCCIONES GRÁFICAS AVANZADAS
21 Sur núm. 2308, Col. Volcanes, C. P. 72410, Puebla, Pue.

En su composición tipográfica se utilizó la familia Caslon Book BE.

Impreso en papel couché mate de 150 gramos y cartoné.

El tiraje consta de 2000 ejemplares.



¡El Museo Amparo va por ti!

